

Por lo general, oímos aludir al «mundo de lo pequeño» a gentes grandilocuentes, incapaces en realidad de parar mientes en lo prodigioso de una diminuta maravilla.

Tal vez por eso mismo nuestra atención no es atraída con facilidad hacia ese mundillo de las cosas pequeñas y acaso insignificantes que constituye, sin embargo, un inagotable archivo de enseñanzas jugosas.

Hoy, concretamente, ofrecemos a vuestra curiosidad estas fotografías de insectos, animalillos más o menos conocidos, en cuya vida lo asombroso de los hechos no guarda relación con el tamaño de los individuos. Los componentes de este pequeño mundo de los insectos—de variedad más notable que ningún otro grupo del reino animal—parecen estar dominados por apetitos y pasiones semejantes a los que impulsan a la Humanidad. No obstante, ellos realizan los actos de su existencia con toda perfección y ordenada seguridad, cosa que los humanos no conseguimos sino a medias y con éxito incierto en muchas ocasiones.

Tal ocurre, por ejemplo, con los que viven formando sociedades, cuya distribución del trabajo se realiza con sorprendente regularización, y viene ya preparada por la especial aptitud del cuerpo de cada animalillo para las funciones que en la vida común tendrá a su cargo. Tal con la instintiva y asombrosa facultad de seleccionar los sexos de la futura prole, que hace a la abeja reina producir un número, previsto de antemano, de zánganos y obreras. Tal—por última cita de las mil mencionables—con el fenómeno de la multiplicación de los huevos, descubierto modernamente en unas pequeñas avispas, cada uno de cuyos huevecillos puede dar origen a centenares de individuos; portentoso fenómeno que haría feliz a cualquier poseedora de gallinas si en su corral, un buen día, salieran de cada huevo varios cientos de pue-  
luelos...

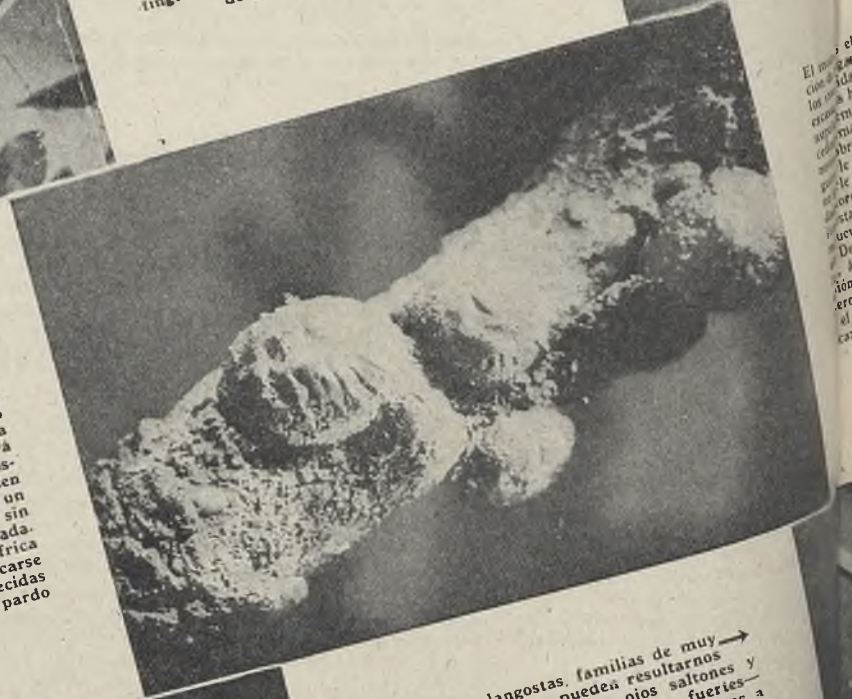


←Agrandadas en la fotografía, he aquí las simpáticas hormigas, con su fina cintura y sus mandíbulas fuertes y salientes. De olfato delicadísimo, estos animalillos poseen un sentido social, donde también el sentido de tacto, sino también el sentido de orientación. Cuando dos hormigas se encuentran, se saludan, mediante contactos de sus antenas, transmitiéndose de este modo órdenes y noticias que deben ser conocidas por toda la comunidad. Las guardias apostadas a la entrada del hormiguero, se valen de ese mismo medio para hacer circular la señal del peligro cuando éste llega, difundiendo por toda la hormiguera, cuya estructura, en este caso, totalmente, nos hemos referido a provocar más...



←Sólo después de una observación atenta encontraremos en la fotografía la pareja de insectos que ha sorprendido el objetivo. Y no será por falta de tamaño. Vedlos, colocados formando casi una V, escondida la cabeza de uno de ellos entre las hojas. Ambos pertenecen a la familia de los fasmidos. Estos insectos se nutren de hojas de rosal o zarzal, comiéndolas durante la noche: de día permanecen inmóviles, agarrados fuertemente a la planta con el par de agudas uñitas que poseen en la extremidad de cada pata. Precursores del color pardo al nacer, van volviéndose verdes a tono con las hojas del arbusto en que viven. Con esto, y la delgadez de su cuerpo, apenas si se les distingue, gracias a lo cual escapan a la voracidad de los pajarillos cazadores.

Bajo cada una de estas escamas—muy aumentadas—en forma de arrugado escudo, hay una cochinilla, conocidísimo insecto parásito de las plantas, cuyos jugos chupa clavando en los tallos su piquito largo y fino como un pelo. Elegido un sitio a propósito para él, permanece allí inmóvil, exudando para esa secreción cerosa que pronto recubre todo el cuerpo. Bajo esa escama tiene lugar la metamorfosis del animal; la mariposilla saldrá luego, andando hacia atrás, por el borde posterior. Dañosísima para las plantas—pueden encontrarse millones de individuos sobre un mismo árbol—, de la cochinilla se extrae, sin embargo, la substancia colorante así llamada «carmin», y una especie existente en el Sur de África sirve a las mujeres indígenas para fabricarse curiosos collares ensartando las endurecidas escamas, que semejan perlas de color pardo amarillento.



←Saltamontes y langostas, familias de muy inmediato parentesco, pueden resultar divertidos—con sus grandes ojos saltones y sus patas traseras, espinosas y fuertes— cuando saltan, a lo bobo, al aproximarnos a ellos. Pero representan la destrucción casi total de la vegetación cuando se presentan en grandes masas. Sin embargo, en muchos países esto no es del todo una desgracia, pues se desquitan de ella preparando a base de estos animalillos platos muy sabrosos: en tortas, guisados, en salsa «currien», etc. En realidad, el comer insectos es antigua costumbre. San Juan Bautista se alimentaba de langostas y de miel en el desierto. Los poetas griegos y latinos ensalzan frecuentemente esta clase de alimentos. Y actualmente opinan lo mismo, sin duda, los árabes y otros pueblos visitados por plagas de langostas emigrantes, que las hacen figurar en sus menús.



Bien alimentadas por las obreras, las larvas crecen con extraordinaria rapidez. A los quince días cada larva puede ya fabricar su capullo, de color blanco sucio o pardusco, son los que vulgar y erróneamente suelen llamarse «huevos de hormiga». Dentro de su encierro el animal pasa del estado larvario al de ninfa, y al fin se convierte en crisálida. En esta fotografía aparecen, muy aumentados, un «huevo de hormiga» y su moradora en dos fases de su metamorfosis: el insecto es aún una masa amorfosumida en su letargo, apareciendo ya apreciarse, no obstante, el desarrollo de las alas y de las patas, recogidas ahora bajo el abdomen. Esta futura hormiga, y estará destinada a obrera o soldado sin alas, o tal vez a obrera o soldado sin alas, lo último es probable.